ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

¿Es un libro esotérico el Quijote?

I

HAY libros biblias sobre los cuales vuelve constantemente la humanidad, animándolos de un modo perdurable con nuevos y continuados comentarios. Esos libros son, desde luego, los mejores monumentos de cada pueblo; los libros que inauguran una lengua, los que la fijan de un modo más acabado, los que expresan la historia de un gran ciclo, ó los que revelan para siempre, de un modo definitivo, un ansia humana. Son libros revelados por los grandes maestros de compasión, ó libros divinos que han hecho carne y luz en las mentes inmaculadas de hombres predilectos.

Un día llega el gran mensajero y besando la frente de un escogido, le dice: «Y bendito sea el fruto de tu mente.» Y la mente salutada por el ángel da á luz quedando pura. Pare entre las bestias y los humildes, y el gran hijo, perseguido por la ira del mayor y más viejo de los ancianos, el Herodes del sentido rutinario, vive errante y oculto hasta que llega la hora de su glorificación eterna.

La última idea es el último Cristo y el último Buddha que se revela á los hombres.

La revelación se hace de dos maneras distintas, opuestas al parecer, pero conformes entre sí, porque en el fondo no se trata más que de una sola y única revelación: de la única verdad.

Unas veces los grandes libros son revelaciones directas de lo Divino, como ocurre con los más grandes y antiguos monumentos de la humanidad, según atestigua la tradición de los hombres, y otras, bajo el aspecto de conquistas humanas, la Verdad y lo Divino se manifiestan como triunfos y asaltos de las mentes, aunque no sean en realidad sino testimonios clarísimos de una evolución moral, y en todo caso, la señal de que debe procederse á una iniciación colectiva.

Y así, la palabra murmurada, la máquina concebida y la región descubierta, otro hombre ú otros muchos han podido murmurarla, concebirla y descubrirla; y á menudo, con frecuencia, las mejores palabras de los poetas y los grandes inventos de los sabios no pueden vincularse á un hombre sólo, y es preciso añadir á cada uno un compañero que, á distancia, muy lejos y sin noticia del otro, ha llegado á una conclusión idéntica ó parecida. Newton y Leibnitz van asociados en el cálculo infinitesimal, Kant y Laplace en la nebulosa, Adams y Le Verrier en el descubrimiento de un mismo astro.

En órdenes más libres la concurrencia no se manifiesta tan claramente, pero no deja de existir por eso. Si en un caso raro dos hombres escriben un drama ó una novela parecida, en un caso más frecuente dos mutuos desconocidos desarrollan el mismo asunto. Por lo demás, en todas las literaturas hay un Shakespeare para cada pueblo y un Homero para cada lenguaje, aunque sólo el más grande de los Shakespeares y de los Homeros sean el único Shakespeare y el único Homero que deban en realidad consignarse.

Hoy, después de haber iniciado á los estudiantes en los postulados geométricos, todos ellos son como Euclides; pero el único Euclides es el primero que los dictara.

La vanidad humana puede creer en el genio como en un conquistador afortunado; pero no es sino un primer hombre de una serie uniforme que estará más adelante en el mismo nivel de iniciación, mientras no llegue otro nuevo profeta. Así es como lo vulgar actual fué lo excepcional de lo pasado, y por esto podemos comprenderlo.

Pero la revelación de lo Divino, sea mecánica ó espiritual, se

manifieste en el invento de una máquina ó en la emisión de una idea, se hace siempre por un signo, de una manera provisional y esotérica que debe desarrollarse y desentrañarse más adelante.

En verdad, toda revelación se nos ha dado, y lo que ocurre es que vamos descifrando el enigma poco á poco.

Toda la mecánica ha sido revelada en principio al primer hombre, bajo la forma de movimiento, y la revelación fué patente cuando por su evolución mental llegó al plano inclinado y al martillo. Lo demás es un comento de esas máquinas primarias; y la mecánica, la construcción y la ingeniería, no son sino una exégesis no terminada de la única divina revelación mecánica. Como toda la cultura del espíritu es una exégesis de la única divina revelación espiritual: la conciencia.

Hechas estas revelaciones á un hombre, llegaría lógicamente al estado actual. Y si fuera posible otra vez el nacimiento de un primer hombre, dándole las facultades de pensar y moverse, pasaría por Aristóteles, por Descartes, por Kant, por Edison y llegaría al más elevado de nuestra época.

Es preciso, sin embargo, que nos atengamos sólo á un extremo de la revelación. Al de la revelación moral, ya que él mismo nos ha traído á estas ideas con motivo del homenaje que la cultura española tributa á una de las obras más interesantes que ha producido: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, por *Miguel de Cervantes Saavedra.*

II

La obra de Cervantes ha tenido la propiedad de despertar entre todos los hombres un sinnúmero de ideas, después de leerla con algún detenimiento. Y esta constante y sostenida modernidad que mantiene, acredítala como un libro revelado, como una verdad llena de jugo, como una revelación inacabada, ya que no se ha hecho de ella un último y definitivo comentario, y es aún para los hombres, no el pan intelectual para el hambre de un día y un hombre sólo, sino un mar inagotable, hasta la fecha, para la sed de todos los días y de todos y cada uno de los hombres.

No se sabe lo profundo del mar, y el mar es cada día más profundo. Y cuando llegue á saberse su cabida y se pueda decir «hasta aquí llega», el mar no será ya profundo; ni mar siquiera.

La eternidad del *Quijote,* su duración en el tiempo y su extensión ilimitada para la razón de los hombres, lo revisten del carácter augusto de una revelación divina, de un algo revelado, pero revelado como todas las revelaciones conocidas, revelado para que siga revelándose; donado, más bien, á las gentes para que lo miren y lo gusten desde todos los sitios y por todas partes.

En este aspecto, yo no vacilo en tomarle por un libro divino, por un gran libro, por uno de esos libros sobre los cuales ha de volverse cotidianamente, porque todos los días puede enseñar alguna cosa, hasta que el hombre, habiéndolo comentado lo bastante, lo deje sin jugo alguno, desubstanciando las verdades que encierra.

Pero no ha sido vista así por casi nadie la obra de Cervantes, como tampoco se ha considerado de igual modo la obra de Shakespeare, y el mismo Apocalipsis, libros sobre los que han trabajado tantos enfermos, y sobre los que tantos enfermos han de trabajar todavía, más para agravar sus dolencias que para remediarlas.

Lo que se afirma, por regla general, después de la lectura de esas obras es, desde luego, su divinidad; pero para aminorarla en seguida, reduciendo la revelación continua á un comento definitivo, que si fuera verdad, acabaría con ellas al revelarse la pretendida enseñanza que se dice haber descubierto. Y es que, más que tomarlas por algo revelado para revelarse poco á poco en cada uno, se las toma como obras ocultas y esotéricas en el más despreciable y egoísta significado que se da á estas dos palabras. Se cree que son jeroglíficos que contienen la receta de un *alcahest*. Y así todos los comentos conocidos de Shakespeare, del Apocalipsis y de Cervantes, son sólo ponderaciones, anuncios de un *alcahest* personal, ineficaz para el resto de los hombres que necesitan otro más fuerte ó más débil; pero no el anunciado últimamente, ni ninguno que pueda anunciarse andando el tiempo.

Nuestra verdad es la que nosotros hallamos.

Son tres ó cuatro puntos, tres ó cuatro párrafos de esas obras, los que escoge el enfermo para fundar sobre ellos su comento. Tratándose de las visiones de San Juan, ya se sabe, el célebre cordero llamado á levantar el séptimo sello, es el propio comentarista de última hora. En el caso de Cervantes, el

exégeta es siempre el soñado sabio «que en los venideros tiempos» saca á luz «la verdadera historia» y para el cual ha escrito expresamente Cervantes esas páginas tan escépticas y terribles, que tomadas á la ventura personal resultan edificantes y fuertes.

No es eso.

El *Quijote* no es un libro esotérico y oculto, un libro fuerte, un libro revelado por los dioses, sino un libro escrito por un hombre, una obra de magia, de magia negra, de magia mala, escrito por un hombre desprovisto de toda esperanza. Por el mayor verdugo del ideal. Por el más sincero y humano de los narradores, pero no por el más humanizado de los hombres. Es un libro de decadencia, de decrepitud y desfallecimiento moral.

Si es cosa de morirse de risa viendo todas las locuras de Don Quijote, es cosa de morirse de pena viendo, al fin y á la postre de la historia, cómo fué tan desgraciado siendo loco y cómo vivió tan poco siendo cuerdo.

Y es que toda la fábula de la obra va encaminada, enderezada por el propio autor, contra toda resurrección anímica. Este es el verdadero y único fin que se persigue en toda ella. El *Quijote* es, como podría decirse hoy empleando el lenguaje de Nietzsche, una desmonetización de todos los valores morales de la época de Cervantes. Es un desencanto. Es la quiebra de todos los ideales y la más terrible de las censuras que se han escrito contra la preponderancia del ideal en la vida. Así, Don Quijote es un derrotado mental práctico, un derrotado en la vida por el terrible delito de seguir y creer en un ideal en que nadie sino él cree y acata. Es la condenación de todo ideal para la vida, y así pudo muy bien recomendarlo Augusto Comte como uno de los libros de la biblioteca del positivista.

La finalidad del *Quijote* no tiene ni siquiera la brutalidad desconsoladora del consejo spenceriano que dice á los padres: «Dejad á los niños que se quemen los dedos, porque sabrán lo que es la llama.» La novela es posible únicamente por la lucha que sostiene el héroe con la vulgaridad de los demás personajes que le tratan.

No hay ni puede haber esoterismo alguno en el *Quijote*, porque tiene, ante todo, un carácter de crítica, de censura, de destrucción. Lo más opuesto, precisamente, al verdadero esoteris-

mo. *Porque el misterio podrá ser una tonteria, pero jamás una crítica*. Siempre es una enseñanza y una construcción.

¿Pero es que podía, por ventura, hacerse una obra esotérica con esa fábula? No. De ningún modo. Eso es una cosa creíble para los que han sospechado que el poema de *El cantar de los cantares* es un diálogo entre Jesús y la Iglesia. Lo que jamás imaginó el ignorado escritor de ese cántico, que tiene todas las suavidades y molicies de Siria.

Lo esotérico no puede referirse más que á la ciencia cosmológica ó á la psicología. Las demás enseñanzas se manifiestan siempre demasiado claras; porque sólo es peligroso para los hombres el jugar con el mundo ó con el alma. Porque, además, la vida de la mente en este plano y dentro de la raza que concluye, es sólo darse cuenta del planeta y del espíritu.

El esoterismo del *Quijote* es de un orden muy inferior, muy reducido, según la mayoría de sus exégetas y comentadores. La obra queda reducida á un soberbio folleto, á una sátira cobardona contra el orden civil de la república. Y aquí, como en todos los apoyos que ha buscado la sagacidad de los inquisidores cervantistas, ha servido de fundamento una mala inteligencia del menguado escoliasta de ocasión. El famoso mote que Don Quijote se propone adoptar últimamente, al ser vencido por el bachiller Sansón Carrasco, cuando éste le manda que se guarde un año en el ocio de los trabajos, el famoso: *Post tenebras spero lucem,* después de la obscuridad espero la luz, y que el mismo Cervantes hizo poner en el escudo que fué al frente de la primera edición de la primera parte, se ha tomado por sentencia sibilina del autor, cuando no es más que la empresa del más desventurado de los hombres. Y más que empresa y leyenda, el más terrible suspiro de un pobre y desvalido caballero.

Bien. Pero ¿podía proponerse Cervantes un esoterismo tan pequeño como se ha sospechado? Menguada cosa hubiera sido el *Quijote* cuando tantas y tan terribles cosas sobre lo humano y lo divino nos han dicho llanamente mil compañeros suyos en las Letras y en las Ciencias.

Cervantes es el menos audaz de todos los escritores españoles de su siglo; es uno de los más católicos y de los más patrióticos; católico contra los protestantes, católico contra los turcos, católico contra los judíos. Español contra los extranjeros y extraños á las banderas de España. Hasta cerca de un siglo des-

pués de haberse publicado el *Quijote* no se manda en el *Indice Expurgatorio* corregir esas dos líneas luteranas que se leen en el capítulo XXXVI de la segunda parte (1).

Y, sin embargo, el *Quijote,* prodigio natural de las grandes obras que la mente humana sabe conquistar de la divina, puede ser un libro esotérico y oculto, porque contiene una enseñanza para el espíritu.

III

Hemos de tomarle del revés, completamente del revés. Hemos de creer que Don Quijote triunfa, que jamás es vencido, que todos sus burladores quedan burlados y que el único cuerdo es el propio Alonso Quijano el Bueno, siendo locos y mentecatos todos los demás.

No ha de creerse, seguramente, que Cervantes escribió su obra, como dijo el pobre Revilla, á salga lo que saliere. Escribióla pensando y meditando mucho, aunque la dejara llena de equivocaciones y descuidos que todos podemos encontrar aun poniendo poca diligencia.

Sí pensó y meditó también en la vida de Iñigo de Loyola, como indica el profesor Unamuno en el su ya famoso comentario, y creyeron hace tiempo no pocos escritores transpirináicos. Porque Iñigo de Loyola era la mitad de España que tenía espíritu en el entonces. Y si no se llamaba así se llamaba San Juan de la Cruz ó Santa Teresa, como la andariega y andante reformadora del Carmelo. Es posible también, como ha dicho ó ha querido decir el Sr. Benjumea, que en la escena del escrutinio pensara Cervantes en el *Indice Expurgatorio* de Roma. Sí; todo eso es posible, es probable, es verosímil. ¿Pero quién ha de creer y ha de poder demostrar que las bodas de Camacho son una parodia de las bodas de Caná; que Sancho Panza es San Pedro; que en la penitencia de Don Quijote se ridiculiza la de Jesús en el desierto; que hay una referencia á los Santos Oleos en el llanto de Maritornes y otras barbaridades por el estilo?

---

(1) En el *Indice Expurgatorio* de 1667, pág. 794 y en el de 1790, pág. 51 se mandan tachar los renglones siguientes: «Las obras de caridad hechas con espíritu débil nada aprovechan ni sirven de cosa alguna.» Este texto se lee con más frecuencia en las ediciones corrientes: «...que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada».

Si el ocultismo del *Quijote* está en que Don Quijote es el idealismo y Sancho Panza la realidad en que Dulcinea es la Verdad ó la Teología (!), como quieren otros; en que todos los nombres de las personas y los lugares que allí se mencionan son anagramas, charadas y camelancias; en que el yelmo de Mambrino representa la Monarquía; los cabreros, la Iglesia; en que la Inquisición está parodiada en la aventura de Altisidora; el traslado de los restos de San Juan de la Cruz, en la del cuerpo muerto; Iñigo de Loyola ó el mismo Jesús, en Don Quijote, y otras locuras por el estilo, vale bien poco la obra de Cervantes, y no merecía la pena de escribirla en un estilo tan transparente, en el que con tan poco esfuerzo han podido comprenderla los hombres de tres siglos después, para los cuales no fué precisamente escrita.

El ocultismo y el esoterismo del *Quijote* ha de buscarse en otra parte, si es que puede hallarse alguno en una obra destinada para solaz y recreo. Ha de buscarse invirtiéndola por completo. Pero esto va contra el propio espíritu de Cervantes, uno de los espíritus más apegados á la recta exposición de las cosas, de tal modo, que nadie puede igualarle en tal sentido, á excepción del pío y verdadero fundador de la Compañía, de Luis Vives, el auténtico iniciador de la misma.

Cervantes, como ha observado oportunamente G. Ticknor, «nunca pudo desnudarse de aquel odio á los moros, heredero de sus mayores». Los azares del destino le fortificaron en un catolicismo guerrero, y fué como los más genuínos españoles de su siglo un místico militar, un soldado de la fe, más soldado que Iñigo de Loyola, pero menos místico y más seco que un Molinos, que un San Juan de la Cruz ó una Santa Teresa.

Es preciso tener la imaginación desarreglada para ver en el *Quijote* todas esas cosas que han visto y han querido ver sus comentadores. Es preciso conocer solamente ese libro de la época y desconocer el resto ó no conocer otro de ella para atribuirle lo que los demás han dicho.

Veamos el *Quijote* del revés, sigamos la locura de Don Quijote, y así como los que leen deprisa esas páginas toman por prosa de Cervantes la que pone en boca de su héroe siempre que habla, tomemos por verdad y por razón la locura de éste, y en esto pecaremos menos que aquéllos, porque daremos un galardón al autor que los otros le quitan y arrebatan, confundiendo su decir con el de un loco.

Este Don Quijote oculto, este Don Quijote esotérico, tomado del revés será así un libro parangonable con el único libro que le iguala en el único y nuevo fin que le asignamos: là *Imitación*. Veamos la novela de Cervantes como una *Imitación* para la vida, más práctica, más carnal y más transcendente que la de Kempis ó Gerson, y en vez de EL INGENIOSO HIDALGO démosla el título que verdaderamente le cuadra en éste su nuevo estado: *La Imitación de Nuestro Señor Don Quijote*.

Es la única manera de dar esoterismo á la obra de Cervantes.

Y visto así desde el principio hasta el término de la fábula, podemos suponer que se trata de una iniciación del espíritu de un libro como todos los libros nacidos al calor de la *Teología mística*, de San Buenaventura, como el *Itinerario*, de Fray Jerónimo Gracián, el *Camino de perfección*, de Santa Teresa, la *Guía espiritual*, de Molinos ó *El ornamento de las bodas espirituales*, de Ruysbroeck el Admirable.

Sí; si quiere verse así se verá de ese modo, y el *Quijote* será un libro místico que podía haber escrito un Swedenborg ó cualquier creyente en la Nueva Jerusalem ó en cualquier Sión de los Estados Unidos.

La cosa es fácil. Sentado esto, lo demás va saliendo como el hilo de un ovillo.

Aquello de que el libro fué engendrado en una cárcel es una alusión á las miserias de la vida cotidiana; los cuidados que pone Don Quijote en la nominación de las personas y cosas es una exaltación de los mantras. Dulcinea es la nueva vida. Sancho el espítritu que se va liberando y así todos y cada uno de los personajes y episodios de la obra.

El *Quijote*, discurriendo así, es la conquista de la perfección, es la liberación del alma, de esa alma que para subir al Carmelo ha de hacer su salida como decía Juan de Yepes, San Juan de la Cruz:

En una noche obscura,
Con ansias en amores inflamada
¡Oh, dichosa ventura!
Salí, sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

Que es como sale, ni más ni menos, por primera vez Don Quijote cuando se lanza á la ventura: «Antes del día». (Capí-

tulo II, parte I.) Y como sale en su segunda salida, acompañado de Sancho: «Sin que persona los viere.» (Cap. VII, parte I). Y aún en la tercera y última: «Al anochecer». (Cap. VII, parte II.)

Porque así, á obscuras, «sin ser notada» ha de salir el alma para entrar en la purificación. Y sus trabajos han de ser triunfar de todos los pecados, como muy claramente dice Cervantes en el capítulo VIII de la segunda parte: «Hemos de matar en los gigantes á la soberbia; á la envidia en la generosidad y buen pecho; á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y el sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.»

En fin, prosiguiendo de este modo se puede llegar al cabo y remate de la historia, haciéndola un manual de perfección como ha intentado por ahora el más ingenuo de los ingenios españoles, á quien poco trabajo costaría demostrar dentro de un mes otra cosa que no fuera precisamente lo contrario.

Pero, «¡lástima grande que no sea verdad tanta belleza!» El *Quijote* no es un libro esotérico, no tiene ningún sentido secreto y oculto. Es un libro de decadencia, de muerte, de aniquilamiento de todo ideal. Ha quedado como la *Biblia del Buen Sentido,* como un Enchiridión de las gentes sensatas, de esas gentes conformes con el correr y suceder de las cosas, tranquilísimas, por donde cruza con mansedumbre callada la rutina más embrutecedora.

De todo ese monumento no queda más que un pecado. El *Quijote* ha dado el patrón para el último insulto contra el espíritu que quiere emanciparse: «¡Es un Quijote!»

Y el *Quijote* nació cuando ya no había un Cortés, ni un Pizarro, ni un Ercilla, ni un Almagro, ni un Alvarado. Nació cuando la decadencia empezaba á enseñorearse de España, y á los héroes de la fuerza no podía oponerse un héroe del espíritu.

Todo había acabado. No quedaba nada que hacer.

Es un libro de nosotros, pero para los demás; un libro de dolor, de dolor humano, donde, bajo la apariencia de una risa que parece atestiguar la suprema alegría de la existencia, hay sólo un llanto interminable que se derrama sin hipos y sollozos para

disimularle. La risa de Rabelaîs es más humana, más natural, más sana.

Andando el tiempo, cuando se llegue á una elevación más segura y firmísima del espíritu, es posible que se diga: «Con Rabelaîs se reían antes los hombres y se siguen riendo todavía. En cambio, con Cervantes ya no se ríen y es probable que los más caritativos de lo futuro lleguen á llorar por los pobres sin ideales del pasado.»

Y entonces, ese libro que hoy se busca para solaz y recreo, buscado mañana para sentir algo de piedad por los que fueron, quedará últimamente ensalzado, no por un esoterismo que no contiene, sino por su claridad y transparencia, que es lo más estimable en lo que no es de los dioses.

El término, la conclusión, la misma finalidad del *Quijote* no puede ser más depresiva y deprimente para los hombres sencillos y para los hombres buenos. La moraleja y la filosofía del *Quijote* puede compendiarse en estas breves y sencillas palabras:

No hay que hacerse ilusiones. No debemos hacernos ilusiones ni luchar por ideal alguno, porque el cura, el barbero, el estudiante que regresa con sus cursos aprobados al lugar, nuestra sobrina, el ama misma, el ventero, los magistrados, los discretos, los sandios, las mujeres de partido y la canalla nos correrán por todas partes, se burlarán de nosotros é impondrán su simplísimo sentido de lo real y miserable á nuestra divina locura.

Hasta el amigo, el buen amigo que se nos pega al paso en nuestro ir á la gloria, se burlará de nosotros.

Pero aquí está la salvación y el premio de nuestra constancia en la persecución del ideal. Aquí está todo el valor constructivo y consolador del *Quijote*. En lo que produce tanta desesperanza, cuando se le lee sin moral alguna. Es verdad que Don Quijote recobra la razón y muere; que muere irremisible y definitivamente. ¿Pero quién dice que haya muerto Sancho? Sancho vive, y vive más loco que su amo y maestro; no persigue un ideal tan elevado como el loco é ingenioso caballero, pero ha perdido á estas fechas toda su rusticidad y egoísmo y se encuentra en el umbral de las grandes ideas.

¡Bendita, pues, la quijotesca locura, mientras á sus expensas pueda elevarse cualquiera de los Sanchos del rebaño!

Rafael URBANO

LA ARQUEOLOGIA EN MÉXICO

Histórica pirámide situada á 5.395 pies de altura sobre el nivel del mar.—Cerca de Xochicalco, Morelos.—Conmemoración de los grandes cataclismos ocurridos en las prehistóricas tierras de Mú.—Una orden de Carlos IV de España.—El palacio de los antiguos Reyes y el templo dedicado á adoraciones, hace ya más de cien siglos.—Similaridad de los alfabetos maya y egipcio.

Con todos estos títulos aparece el siguiente artículo en *El Correo de América*, que se publica en Nueva York. Como presenta un asunto del cual varias veces se ha tratado en las columnas de SOPHÍA, y cuyo interés es grandísimo por relacionarse con todas las ciencias y nuestras enseñanzas, hemos creído oportuno reproducirlo aquí.—*M. T.*

La pirámide de Xochicalco, situada á una altura de 5.395 pies sobre el nivel del mar, al sudoeste de la ciudad de Cuernavaca, Mor, México, y á una distancia de 4 $^1/_2$ millas de la indiana villa de Tetlana, es, si no una de las más antiguas construcciones hecha por manos humanas, al menos la más importante en la historia entre el moderno cristianismo civilizado y naciones mahometanas.

La isla de Atlantis. Este monumento, que es de piedra con gran variedad de grabados, puede ser considerado arqueológicamente como un maravilloso recuerdo de los tremendos cataclismos causados por la inmersión y destrucción de la tierra de Mú (Isla de Atlantis) hace ya once mil quinientos años, en cuya catástrofe pereció entre los escombros toda aquella población que formaba un total de 64 millones de habitantes.

Mr. C. V. Collin. Hace muy poco tiempo que regresó de México á los Estados Unidos Mr. C. V. Collin, redactor y administrador de la importante Revista de Agricultura *Northwestern*, y ha publicado recientemente en Minneapolis varias fotografías de an-

tiguos monumentos de México, dando con tál motivo, por varias ciudades de occidente, conferencias científicas relativas á la materia, que revisten suma importancia.

Entre esas fotografías hay algunas de la parte Sud de la antigua y gran pirámide de Xochicalco.

Indelebles inscripciones. Durante un siglo han visitado esos parajes donde se encuentra enclavada, europeos de gran prestigio y de reconocida ciencia que han puesto sus nobles manos sobre la histórica mole, legando así á la posteridad el resultado de sus investigaciones. Figuran entre esa multitud de hombres célebres el notabilísimo explorador Alexandro Humboldt, y en nuestro tiempos se cuentan á Mehedin, ilustrado miembro de la comisión científica francesa en México, al Dr. Seler, de Berlín, al Dr. Antonio Peñafiel, de México, y á otros.

Un sacerdote mexicano. Antes que esos citados señores, un erudito religioso mexicano, el Reverendo sacerdote José Antonio Alzate, después de visitar las famosas ruinas y de haber meditado en el terreno todo lo necesario, escribió una minuciosa descripción de ellas que fué publicada en México allá por el año 1787, y emprendió una útil propaganda para que fuese restaurado aquel famoso monumento.

La gran obra de Kingsborough. El capitán Dupaix hizo también en 1807, por orden del Rey de España, una concienzuda reseña que se reprodujo en la gran obra de Kingsborough, titulada *Antigüedades Mexicanas,* tomo V, pág. 222; pero á pesar de todo ninguno de estos científicos pudo siquiera sospechar el objeto principal con que se erigiría aquella estructura, en la que se conoce trabajaron expertos arquitectos, y por lo tanto su gran mérito histórico é importancia científica fueron completamente ignotos para ellos.

Fortificación militar. Tanto Humbolt como Dupaix, tuvieron la misma vaga opinión, considerando esa roca compacta y dura como una gran fortificación militar; pero no fueron capaces de poder describir la idea de todas aquellas señales que allí figuran artísticamente grabadas, pues Humboldt observó en ellas cocodrilos vertiendo copiosos chorros de agua, y el

capitán Dupaix guirnaldas de flores, frutas, animales, esfinges mitológicas que dan á la obra una apariencia egipcia, é infinidad de objetos misteriosos.

Pirámide cuadrilátera. Está edificada sobre una apartada colina natural de 117 metros de altura, dividida por manos humanas en cinco bancales ó terrados, formando una graduada pirámide cuadrilátera. Los lados están construídos con gruesísimos muros de granito, cuyas piedras están cortadas perfectamente cuadradas, colocadas en hileras de gran regularidad, todas pintadas de un color encarnado y cubiertas con símbolos ó emblemas en forma jeroglífica.

La base de la pirámide está circundada por una zanja ancha y muy profunda, y mide 4.000 metros en circunferencia.

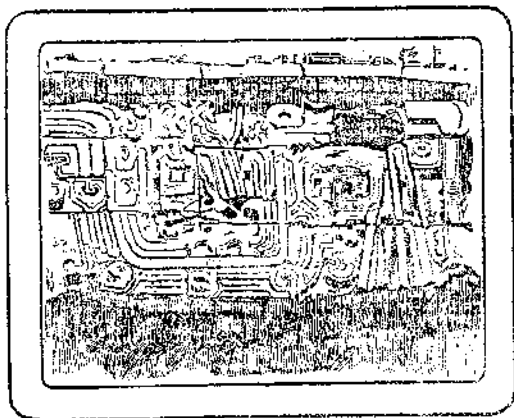
Famosas ruínas. La plataforma es de 9.000 metros cuadrados, inclinándose la subida hacia un precipicio, sobre el lado oeste del monumento, y desde ella pueden verse las famosas ruínas de otro edificio pequeño que ha definido Alexandro Humboldt y del que también ha escrito el capitán Dupaix diciendo que estaba cercado por una gran muralla de granito, para servir de trinchera ó parapeto.

Narraciones de Plato. En el centro de la colina hay galerías y cámaras que tienen entrada por el lado norte, y está probado que en esas construcciones trabajaron hombres muchos miles de años atrás.

Estas apreciaciones son ciertamente las más interesantes por los muchos puntos de semejanza que tienen con las meditadas narraciones hechas por Plato acerca de que en la Isla de Atlantis, y situados en la ya mencionada colina, existían el palacio de los antiguos Reyes y el templo dedicado á adoraciones.

Un idioma complicado. Las inscripciones grabadas que figuran en la pirámide de Xochicalco están, según memorias del cataclismo de la tierra Mú, en el muy antiguo idioma Maya, cuyos caracteres son una especialidad, escritos ya en parte alfabético y silábico ó ya en parte pictórico y simbólico; pero conociéndose la clave Maya, no es muy difícil interpretar la significación.

Uso de los símbolos. La comprensión de cualquiera de aquellos jeroglíficos podrá dar alguna idea respecto al objeto con que fué construída la pirámide; pero en cuanto á lo que fueron aquellos séres humanos, la raza á que pertenecieron, et-



Una parte de la superficie de la Pirámide sobre la cual están inscritos los caracteres referidos por el Dr. Le Plongeon.

cétera, etc., no es posible al presente ni sospecharlo tan siquiera. Ellos positivamente no eran Mayas por más que hicieron uso de los símbolos de aquel idioma.

Alegorías y esfinges. Los personajes representados en los grabados de piedra figuran sentados con las piernas torcidas y tienen una cabeza artificial completamente desfigurada y



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4



Fig. 5



Fig. 6



Fig. 7



Fig. 8



Fig. 9

horrible, y hay que advertir que los Mayas jamás presentaron esculturas de hombres con cabezas deformes, ni tampoco patizambos, pues en esto fueron siempre correctos; así es que

éstas y otras figuras de igual estilo, y algunas raras esfinges, dan á comprender que aquel suntuoso mausoleo fué erigido para conmemorar un gran y terrible acontecimiento, y que los tales grabados vendrán á corresponder á una demostración del terror.

Los Sagrados Misterios. El libro titulado *Los Sagrados Misterios,* del Dr. Le Plongeon, contiene el alfabeto Maya, descubierto por dicho autor, juntamente con el alfabeto hierático egíptico de la antigüedad gentílica; así es que auxiliándose con este tratado pueden definirse algunos caracteres inscritos sobre la superficie de la pirámide.

Este signo (fig. 1) que corresponde á la letra H de nuestro alfabeto, unido á este otro (fig. 2) que es la U, dan la palabra Maya *Hu* (destrucción), que es del mismo modo la radical de todos los vocablos que indican destrucción, según lo explica también el *Diccionario Maya* de J. P. Parez.

Debajo de estas palabras hay varios signos que significan: «Tierra en el Océano Atlántico», y efectivamente, si seguimos la línea oriental del continente americano desde Terranova, en el norte, hasta el cabo de San Roque, en el Brasil, tenemos exactamente justificado este emblema Maya (fig. 3), por más que también el manuscrito Troano, al ocuparse de la tierra Mú, hace idéntica descripción sobre ese particular.

(Fig. 4.) Esta figura encierra otra importante palabra. El pequeño cuadro que está dentro corresponde á nuestras letras P y B, y en conjunto abarca la palabra Maya *Balcah,* que significa: «el país y sus habitantes» (la tierra y su gente en el Océano Atlántico).

(Fig. 5.) Dentro de este rectángulo se ve una cara con la boca abierta y medio cuerpo de un animal por la parte posterior, todo lo que encierra la palabra *Ppay* ó sea «para ser reducidos á átomos»; así es que uniendo los exactos significados de esas cinco figuras del idioma Maya, podemos formar la siguiente sentencia: *Destrucción de la tierra y sus habitantes, en el Océano Atlántico, para ser reducidos á átomos.*

(Fig. 6.) He aquí una de las deformes y raras figuras grabadas también en la pirámide, y con la que habrá tal vez querido expresarse el terror y la consternación.

La serpiente del mismo modo estampada sobre la piedra fué equivocadamente tomada por Humboldt, como antes decimos,

por un cocodrilo y las ondulaciones de ésta parecieron á Dupaix una guirnalda de flores; pero lo cierto es que de aquí proviene el nombre de Xochicalco (Jardín).

En las orillas de la superficie de la pirámide existen algunos grabados representando otros tantos personajes de cabezas deformes sentados á piernas cruzadas y descansando su mano derecha sobre el piso, que aparenta ser la tierra de Mú, y distribuídas por doquiera diversas figuras ó señales de distintas significaciones, tales como ésta (fig. 7) *Ma,* que significa «territorio» y esta otra (fig. 8) «terremoto».

No contamos hoy con bastante espacio para poder descifrar la serie de jeroglíficos que están impresos en la mole de Xochicalco hace ya miles de años; pero los ya referidos son suficientes para hacer comprender que la tal pirámide fué erigida con objeto de conmemorar la gran catástrofe ocurrida en el Océano Atlántico en el día 13 *chuen* del mes Maya, conocido por *zac,* en el año *Kan,* que corresponde al 7 de Febrero nuestro, todo lo que se relata también en el manuscrito Troano.

* * *

EL ZÉNIT

Cada botón no florece más que una vez y cada flor no tiene más que su minuto de perfecta belleza. Así, en el jardín del alma, cada sentimiento tiene un minuto floral, esto es, su momento único de gracia esplendente y de radiante majestad. El astro no pasa más que una vez cada noche por el meridiano sobre nuestras cabezas, y no brilla en él más que un instante; así, en el cielo de la inteligencia, no hay, si puedo atreverme á decirlo, para cada pensamiento, más que un instante zenital, único, en que culmina en todo su brillo y en su soberana grandeza. Artista, poeta, pensador, apodérate de tus ideas y sentimientos en ese punto preciso y fugitivo para fijarlos ó eternizarlos, porque es su punto supremo.

(Amiel: *Diario íntimo,* 1850).

EL IDEALISMO

Para la astronomía es indiferente que los cuerpos graviten unos sobre otros en virtud de una atracción que les es propia, ó por otra causa cualquiera; los movimientos de los astros se cumplen como si los cuerpos se atrajesen recíprocamente en razón directa de sus masas é inversa del cuadrado de sus distancias, porque los hechos visibles son los mismos en ambos casos, lo mismo que los calculables. Así, pues, las especulaciones sobre la naturaleza y causa de la gravitación no son de la pertenencia exclusiva de la astronomía.

Del mismo modo para la experiencia y práctica ordinaria de la vida es indiferente que los cuerpos existan en realidad ó por otra causa cualquiera; todos los efectos percibidos se producen como si proviniesen de los cuerpos, como si los objetos de la experiencia fuesen cuerpos del espacio; porque todo lo que sentimos y percibimos es parecido en uno y otro caso ó en las dos hipótesis. Pero para la filosofía hay en eso una diferencia fundamental.

La filosofía es la tentativa del pensamiento para darse cuenta de sí mismo y del mundo, que es su objeto. Si el mundo es confuso y está lleno de confusión, presentando una apariencia de completísima armonía, la tarea de la filosofía consiste en impedir que semejante confusión obscurezca el pensamiento y le domine, como ha ocurrido hasta ahora. La cuestión es saber si se llegará por fin á la claridad, á la certeza y á la armonía del pensamiento consigo mismo, ó si se continuará moviendo en su propia contradicción en la confusión y en las tinieblas. La solución depende esencialmente de la posición que se tome frente al problema de la realidad de los cuerpos. Y como de la claridad y armonía del pensamiento depende la armonía de la misma vida, vale la pena de examinar aún este problema, desde este punto de vista.

¿Qué es lo que se niega negando la realidad del mundo material?

Se niega que la explicación física de las cosas tenga un valor absoluto, que el orden físico sea un orden absoluto. Pero la

experiencia preséntanos con apariencia de objetos absolutos substancias de dos clases: espirituales y materiales. Esto es lo que conviene comprender desde luego.

Es indudable que cada uno se reconoce, en la conciencia inmediata que de sí mismo tiene, como un objeto absoluto independiente de los demás. En efecto, reconocerse á sí mismo como dependiente de algo, como función de otro objeto, es reconocer su verdadero yo en ese otro objeto, lo que es lógicamente contradictorio é imposible. Se objetará, quizá, que no nos reconocemos, por tanto, como dependientes de muchas condiciones exteriores. Es verdad. Pero semejante conocimiento es derivado; descansa sobre la experiencia de que nuestros estados interiores siguen de una manera invariable ciertas condiciones exteriores, y nada puede cambiar el conocimiento inmediato que tenemos de nosotros mismos ni de su carácter en apariencia absoluto. Porque ninguna condición exterior puede interponerse entre yo como sujeto y yo como objeto de mi conocimiento ó del conocimiento inmediato de mí mismo. En conclusión: un yo no existe sino distinguiéndose de lo que no es él, sino reconociéndose como un objeto distinto por su propia esencia; en otros términos, como un objeto absoluto. Pero si se reconociese como tal y sin semejante apariencia no existiría.

En nuestros días la mayor parte de los hombres capaces de reflexión tampoco creen en la substancialidad del yo ni le atribuyen carácter absoluto alguno. Por eso la cuestión que nos ocupa en el fondo está ya resuelta. ¿Si el testimonio en efecto de nuestra propia conciencia sobre la substancialidad del yo ha cesado de pasar por absolutamente verdadero, con cuánta más razón el testimonio de nuestra percepción exterior sobre la substancialidad de los objetos percibidos se despojará más fácilmente de toda verdad absoluta? Es preciso, por tanto, examinar también este punto en particular.

La materia es lo absoluto en el espacio. Si la materia es una realidad y no una pura apariencia, el orden físico de las cosas es absoluto. ¿Quiere sostenérsele?

Un orden absoluto es perfecto, bástase á sí mismo en todos los sentidos y no puede ofrecer defectos. El orden físico muéstrase, por lo contrario, defectuoso en todas partes.

Y, desde luego, en el dominio subjetivo por la existencia del error.

Si los objetos de nuestra experiencia fuesen verdaderas substancias, objetos absolutos, el conocimiento que poseyésemos de ellos sería una verdad absoluta y el error sería absolutamente imposible. Es preciso, en efecto, renunciar á todo pensamiento lógico ó reconocer la validez del principio de contradicción. Pero, según este principio, hay entre la negación y la afirmación, es decir, entre lo verdadero y lo falso una oposición absoluta, y toda reunión de cosas opuestas por manera absoluta implica ó constituye una contradicción lógica. El primer fundamento de todo error es el hecho de que nuestra percepción en los objetos exteriores no es verdadera de modo absoluto, sino que contiene una ilusión sistemáticamente organizada, y que la verdad en nuestra experiencia no se distingue por consecuencia del error por su misma esencia, sino sólo, como queda demostrado, por caracteres secundarios. La verdad que se mezcla con lo falso en el mundo de la experiencia no es sino una verdad relativa. Si llegamos, no obstante, á una verdad absoluta en el conocimiento de las cosas, es sólo en virtud del concepto de la naturaleza absoluta de las cosas, concepto que es la ley fundamental de nuestro pensamiento y cuya expresión es el principio de contradicción y la conciencia de la oposición absoluta entre lo verdadero y lo falso.

El orden físico no se muestra menos defectuoso en el dominio objetivo y por cierto en muy diferentes puntos.

Las leyes fundamentales del mundo material son las leyes mecánicas, según las cuales no pueden producirse en él sino movimientos, aunque éstos con sus direcciones y velocidades sean indiferentes á los mismos cuerpos que no hacen más que recibirlos y transmitirlos sin afectarse en sí. Se puede suponer todavía que en la naturaleza inorgánica todo podrá explicarse mecánicamente, pero no seguramente en la orgánica. Porque hay una disparidad esencial entre el mecanismo y la vida orgánica, en atención á que los movimientos de los cuerpos organizados no les son indiferentes, cumpliéndose, por lo contrario, como si todas las partes del organismo esperasen atentas el logro de un fin y la realización de un común resultado.

El orden físico muéstrase todavía más defectuoso cuando se trata de comprender la acción de un sujeto consciente sobre los objetos exteriores, y su conocimiento de estos objetos, así como la acción de ellos sobre el sujeto consciente.

Es incompatible con la ley de la conservación de la fuerza, tal como se manifiesta en el mundo material, que un acto de la voluntad, ú otro estado ó un acontecimiento físico pueda producir un movimiento de los cuerpos. Y por otra parte, el movimiento no puede absolutamente ni producir ni explicar un acontecimiento físico. Si los movimientos, en efecto, ó los desplazamientos de los cuerpos son indiferentes á ellos mismos, con mayor razón son indiferentes y extraños por esencia á todo lo que no es material. Cuando se llega á examinar la percepción de los cuerpos por el sujeto consciente, se comprueba que la suposición de su realidad externa es absolutamente inconciliable con los hechos de la percepción, como lo he probado en el artículo precedente. Los objetos reales de nuestra percepción son nuestras propias sensaciones: son nuestras mismas sensaciones las que se nos muestran como objetos exteriores. Así hallamos analizando el concepto de estos objetos exteriores aparente que, abstracción hecha de nuestras sensaciones, aquéllos no son nada. El concepto de un cuerpo llenando un espacio es: 1.° vacío y 2.° lógicamente contradictorio.

Conviene, en último término, considerar la relación de nuestro asunto con la moral.

Si el orden físico fuese absoluto, no habría ningún lugar, posibilidad alguna para la acción de causas no físicas; ó para mostrar las cosas de un modo más preciso, la oposición entre el elemento físico y los elementos no físicos—lógica y moral—no existiría. Toda oposición contenida en un orden absoluto sería por sí misma absoluta, é implicaría, por consecuencia, una contradicción lógica. Pues hay una oposición absoluta entre el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, y de ahí síguese que el orden de las cosas que contienen el mal y el error no puede ser absoluto ni contener lo que sea verdadero y bueno de una manera absoluta.

Un empirista obstinado dirá, quizá, que no hay oposición absoluta entre el bien y el mal, y que no tenemos el derecho de condenar el mal, de decir que no debe existir, pues que existe en realidad y prueba por eso mismo su derecho á la existencia. ¡Pero en esa suposición el mal no tendría necesidad de explicación y sería nuestra conciencia moral la que sería inexplicable! ¿No es humillante reducirse todavía á disputar sobre este punto? ¿Cuándo se llegará á la posesión de las nociones más elemen-

tales, como las de la oposición absoluta entre el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, sin las que ningún juicio moral ni ningún juicio es lógicamente posible?

Renunciar al derecho de juzgar ¿no es herir de nulidad los propios juicios? Existen, efectivamente, tanto el mal, como lo falso: no se puede condenarlos, porque se condenan á sí mismos, porque tienden á su propio aniquilamiento, y no pueden mantenerse sino por medio de la ilusión ó opariencia. Lo falso no puede existir sino tomando la apariencia de verdad; el mal no puede durar sino afectando la apariencia de bien. Así, los bienes de este mundo no son sino bienes relativos, es decir, que contienen un elemento ilusorio. Esta verdad está suficientemente probada por la siguiente consideración: el logro de los bienes conduce en este mundo con frecuencia á ejecutar el mal, mientras que la tendencia al verdadero bien jamás puede conducir á ejecutar el mal con intención, porque hay una oposición absoluta entre el verdadero bien y el mal. La conciencia de esta oposición es el fundamento de la moral y de la misma moralidad.

Véase, pues, que la moral bien entendida es incompatible con la creencia de que el orden físico es absoluto, ó en otros términos, que el mundo material es una realidad, y véase cómo esta creencia general, de una manera general, nos arrastra en un dédalo de contradicciones lógicas. ¿Qué razón tendríamos, contraria á toda evidencia y á toda certidumbre racionales, de creer en la realidad del mundo material? La experiencia y la práctica de la vida ordinaria no lo exigen. Desde tal punto de vista es indiferente que el mundo de los cuerpos sea real ó que sea una apariencia sistemáticamente organizada, según leyes inmutables; porque todo lo que importa es la inmutabilidad de esas leyes. Para la Filosofía, al contrario, la creencia en la realidad de la materia, es la muerte, es la imposibilidad absoluta de llegar jamás á la claridad y armonía del pensamiento. La negación de la realidad de los cuerpos, que parece á primera vista lo que hay más opuesto al sentido común, es realmente al contrario, lo que el sentido común más elemental nos exige que adoptemos.

A. ALEJANDROWICH SPIR

LOS ADVERTIDOS

La mayoría de los hombres los conocen, casi todas las madres los han visto. Quizá sean indispensables como todos los dolores, y los que á ellos no se acercaron son menos suaves, menos tristes, menos buenos.

Son extraños. Parecen más cerca de la vida que los otros niños y no sospechan nada, y sin embargo, tienen sus ojos una certeza tan profunda, que es menester que lo sepan todo y que más de una vez hayan tenido tiempo de decirlo en secreto. En el momento en que sus hermanos andan á tientas en torno de ellos, entre el nacimiento y la vida, ellos se han ya reconocido, están ya en pie, prontas las manos. A toda prisa, diestra y minuciosamente, dispónense á vivir, y esta prisa es señal de que las madres, á su pesar discretas confidentes de lo que no se dice, apenas se atreven á mirar.

Muchas veces nos falta tiempo para verles; se marchan sin decir nada y aquéllos permanecen para nosotros desconocidos. Pero otros se retrasan un poco, mas miran sonriendo indiferentemente, parecen á punto de confesar que casi lo han comprendido todo, y luego, hacia los veinte años, se alejan á toda prisa, ahogando el ruído de sus pasos, como si acabaran de comprender que se habían equivocado de casa y que iban á pasar su vida entre hombres desconocidos.

Aun entre sí apenas dicen nada, y se rodean de una nube en el momento en que se sienten heridos, y en que el hombre está á punto de alcanzarles. Hace algunos días parecían estar entre nosotros, y esta noche, de pronto, vémoslos tan lejos, que no nos atrevemos á reconocerles ni á interrogarlos. Están allí, casi del otro lado de la vida, y se siente que por fin ha llegado la hora de afirmar una cosa más grave, más humana, más real y más profunda que la amistad, la piedad ó el amor; una cosa que agita mortalmente el ala, y que se desconoce, y de la que nunca se ha

hablado, y de la que no es posible hablar, porque tantas vidas callaron... Y el tiempo apremia; ¿y quién de nosotros no ha esperado así hasta el momento en que ya no era posible obtener respuesta?

¿Por qué han venido y por qué van? ¿No nacen sino para afirmarnos que la vida no tiene objeto? ¿De qué sirve interrogar, si no se ha de obtener respuesta? Muchas veces he sido testigo de estas cosas, y un día las vi tan de cerca, que no sabía si se trataba de otro ó de mí mismo...

Un hermano murió así. Hubiérase dicho que él era el sólo prevenido, sin saberlo, mientras nosotros sabíamos tal vez algo sin haber recibido aquel aviso orgánico que él ocultaba desde los primeros días. ¿En qué se distinguen los séres sobre los cuales va á pesar un acontecimiento grave? Nada es posible, y sin embargo, lo vemos todo. Tienen miedo de nosotros, porque les avisamos sin cesar y á pesar nuestro; y apenas les hemos abordado, cuando sienten que estamos reobrando contra su porvenir. Ocultamos algo á la mayoría de los hombres, y desconocemos nosotros mismos lo que ocultamos. Surgen entre dos séres que se encuentran por vez primera extraños secretos de vida ó muerte, y muchos otros secretos que no tienen nombre todavía; pero se apoderan al punto de nuestra actitud, de nuestras miradas y de nuestro rostro, y cuando estrechamos las manos de un amigo, nuestra alma tiene indiscreciones que no se detienen, tal vez, en el umbral de esta vida. Puede ocurrir que haya un oculto pensamiento entre dos hombres, pero hay cosas más profundas y más imperiosas que el pensamiento. No somos dueños de estos dones desconocidos, y sin cesar hacemos traición al profeta que no sabe hablar. Jamás somos con los otros lo que con nosotros mismos, ni aun lo que con ellos somos en la obscuridad, y nuestras miradas se transforman con arreglo al pasado y al porvenir que aperciben; y hé aquí por qué vivimos á pesar de nuestro ojo avizor. Al encontrarnos con los que no vivirán, no les vemos á ellos, vemos lo que les ha de suceder. Una vez más, la muerte les ha hecho traición, y notan con tristeza que nosotros lo vimos todo y que hay voces que no se pueden callar.

¿Quién dirá cuál es la fuerza de los acontecimientos y si ellos son nosotros ó nosotros no somos más que ellos? ¿Nacen ellos de nosotros, ó nacemos nosotros de ellos? ¿Los atraemos, ó nos atraen? ¿Les transformamos, ó nos transforman? ¿No se engañan

nunca? ¿Por qué vienen á nosotros, como la abeja á la colmena y la paloma al palomar, y dónde se refugian los que no se encuentran en el lugar de la cita? ¿De dónde vienen á nuestro encuentro, y por qué se nos parecen como hermanos? ¿Obran en el pasado ó en el porvenir, y son los más poderosos los que no existen ya ó los que aún no existen? ¿Nos transfigura el ayer ó el mañana? ¿Quién de nosotros no pasa la mayor parte de su vida á la sombra de un acontecimiento que aún no ha tenido lugar? He visto esas graves actitudes, ese andar que parecía tener una finalidad muy próxima, ese presentimiento de los grandes fríos y ese ojo que no se dejaba distraer, en los mismos cuyo fin había de ser accidental, y sobre quienes la muerte iba á caer inesperadamente, viniendo de fuera. Y sin embargo, se apresuraban tanto como sus hermanos, que la llevaban dentro. También á ellos parecíales más seria la vida que á los que han de vivir. Obraban con la misma atención segura y silenciosa. No tenían tiempo que perder, debían estar prontos á la misma hora; hasta tal punto aquel suceso que un profeta no había podido prever, era, á pesar suyo, la vida de su vida.

Nuestra muerte es el guía de nuestra vida, que no tiene otro objetivo que nuestra muerte. Nuestra muerte es el molde de nuestra vida, y ésta es la que ha formado nuestro rostro. Sería menester no hacer sino el retrato de nuestros muertos, porque sólo ellos son ellos mismos y se muestran por un instante tales como son. ¿Y qué vida no se aclara en la pura, fría y simple luz que cae sobre la almohada de las últimas horas? ¿Es ésta aquella misma luz que baña ya los rostros de los niños cuando nos sonrían fijamente, y que nos impone un silencio que se asemeja al del aposento en que uno se calla para siempre? Cuando me acuerdo de aquéllos á quienes conociera y que la muerte llevóse de la mano, veo una muchedumbre de niños, de adolescentes varones y hembras, que parecen salir de la misma casa. Son ya hermanos y hermanas, y se diría que se reconocen unos á otros por señales que nosotros no vemos, y que se hacen, en el momento en que no les observamos, la seña de silencio. Son los hijos atentos de la muerte precoz. En el colegio los discernimos obscuramente. Parecían buscarse y huír unos de otros á la vez, como si tuvieran la misma enfermedad. Se les veía apartados bajo los árboles del jardín. Tenían la misma gravedad bajo una sonrisa más entrecortada y más inmaterial que la nuestra, y no sé que aire

de temor de revelar un secreto. Casi siempre se callaban cuando los que debían vivir acercábanse á su grupo. ¿Hablaban ya del acontecimiento, ó sabían que éste hablaba al través de ellos y á su pesar, y le cercaban de aquel modo á fin de ocultarle á los ojos indiferentes? Momentos había en que parecían mirarnos desde lo alto de una torre; y nos atrevíamos á molestarles, aun cuando fuesen ellos más débiles que nosotros. Verdad es que nada permanece oculto; y todos los que me encontréis, sabéis lo que yo pienso y lo que he pensado; sabéis exactamente el día en que he de morir, pero aún no habéis encontrado el modo de decirlo, ni aun en voz baja y á vuestro propio corazón. Tenemos la costumbre de guardar silencio acerca de todo aquello que no alcanza nuestra mano, y probable es que supiéramos muchas cosas si supiéramos lo que sabemos. Vivimos junto á nuestra vida verdadera y sentimos que ni aun nuestros pensamientos más íntimos y profundos nos importan, porque somos otra cosa que nuestros pensamientos y nuestros sueños. Y sólo en ciertos momentos y casi por distracción vivimos con arreglo á nosotros mismos. ¿Qué día nos tornaremos lo que somos? Mientras eso llega, estamos delante de ellos como ante extraños. Intimidan nuestra vida.

A veces se paseaban con nosotros por los corredores y los patios, y con trabajo podíamos seguirles. A veces se mezclaban en nuestros juegos, y éstos no parecían ya los mismos. Algunos no encontraban á sus hermanos. Vagaban solos en medio de nuestros gritos y no tenían amigos entre los que no iban á morir. Y sin embargo les amábamos, y ningún rostro era más amistoso que el suyo. ¿Qué había entre ellos y nosotros y qué hay entre nosotros todos? ¿En el fondo de qué mar de misterios vivimos? Reinaba igualmente allí aquel amor que ya no se expresa porque no participa de la vida de este mundo. Tal vez no soportara ninguna prueba, parece á cada instante traicionado, y la menor amistad ordinaria parece vencerle, y sin embargo, su vida es más profunda que nosotros mismos y quizá no nos parezca indiferente, sino porque se sabe está reservado para tiempos más largos y más seguros.

No habla aquí, porque sabe que se hablará más adelante; y no es á los que abrazamos á los que amamos con más efusión. Hay también una parte de la vida—y es la mejor, la más pura y la más grande—que no se confunde con la vida ordinaria, y

los ojos, amantes á su vez, no atraviesan casi nunca este dique de silencio y de amor.

¿O bien les dejábamos solos porque, aunque más jóvenes, eran mayores que nosotros?... ¿Sabíamos que no tenían la misma edad y los teníamos como á jueces? Sus miradas eran ya menos móviles que las nuestras, y cuando se apoyaban, por azar, en nuestras agitaciones, éstas se calmaban sin razón, y un silencio incomprensible se extendía por un momento. Nos volvíamos: nos observaban y reían seriamente. Acuérdome del rostro de dos de ellos á quienes esperaba una muerte violenta. Pero casi todos eran tímidos y trataban de pasar desapercibidos. Tenían yo no sé que pudor mortal, y parecían pedir perdón por una falta desconocida y próxima. Avanzaban, cambiábamos una mirada, nos apartábamos sin hablar, y todo lo comprendíamos, sin saber nada.

Mauricio MAETERLINCK

Aquel que abandona todos los deseos y vive libre de afecciones y egoísmo, obtiene bienaventuranza.

Así como la lluvia no penetra en la casa que tiene buen tejado, la pasión no se abrirá camino en una mente reflexiva.

Si la Sabiduría desapareciese de repente del universo, ningún hombre, sin embargo, se tendría á sí mismo por insensato.

El que ha buscado á Dios una vez, acaba por hallarle en todas partes.—*Novalis.*

El amor es el objeto final de la historia universal. El *amen* del universo.—*Novalis.*

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

El centenario del "Quijote"...

Con motivo de celebrarse el tercer centenario de la publicación del *Quijote* se han dado multitud de conferencias y lecturas sobre el libro de Cervantes en casi todos los centros españoles de cultura, durante el pasado mes y el principio del corriente. Nuestro amigo el Sr. Urbano, á petición de algunos socios del Ateneo, leyó en este centro el estudio que publicamos en las primeras páginas de este número, y que fué cariñosamente acogido por la selecta concurrencia que llenaba el salón de la más docta casa de España.

Muchas y muy sabrosas cosas se han dicho y se han escrito sobre Cervantes y su obra en estos días; pero principalmente, y aparte del discurso del Sr. Menéndez Pelayo en la Academia de la Lengua, lo mejor y más notable ha sido la publicación de dos obras, debidas especialmente á los Sres. D. Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho,* y la de D. Francisco Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.*

Parangonadas una y otra es más cervantina y cervantista la del Sr. Navarro; pero es más nueva y más española la del señor Unamuno, peor escrita, peor escrita en el castellano antiguo, pero mejor escrita en el castellano nuevo y más llena de profundidad y de ideas.

En una y otra hay gran observación y finura de juicio; se pueden espigar mil suscitaciones interesantes, y en prueba de ello ahí van dos trozos escogidos de ellas para que los medite el lector.

Dice el Sr. Unamuno en la suya, comentando el cap. XXXI de la segunda parte:

«Recibieron de solemne burla á D. Quijote en casa de los Duques, vistiéronle á la usanza caballeresca y le llevaron de comer.

»Y allí fué donde se encontró, en la mesa, con aquel *grave*

eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos, y el cual enderezó á Don Quijote, llamándole Don Tonto, aquella reprensión áspera y desabrida, recomendándole se volviese á su casa á criar á sus hijos, si los tenía, y á curar de su hacienda, dejando de andar vagando por el mundo y dando que reir á cuantos le conocían y no conocían.

»¡Oh, y cómo dura y persiste y no acaba en nuestra España la ralea de estos graves eclesiásticos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos! ¡Don Tonto! ¡Don Tonto! ¡Y cómo te viste tratar, mi loco sublime, por aquel grave varón, cifra y compendio de la verdadera tontería humana! El grave eclesiástico no debía haber leído los Evangelios, ni debía de conocer aquel sermón de Jesús desde la montaña, en que dijo: «Cualquiera que dijere á su hermano *raca* será culpado del concejo, y cualquiera que le dijere tonto será reo del infierno del fuego» (Mat. v. 22). Reo se hizo, pues, del infierno del fuego por haber llamado á Don Quijote tonto.

»Ya estás, señor mío, frente á la encarnación del sentido común. Y no nos quepa duda de que si Cristo Nuestro Señor hubiese, en tiempo de Don Quijote, vuelto al mundo, ó si hoy volviese á él, formaría aquel grave eclesiástico entonces, ó formarían hoy sus sucesores, entre los fariseos, que le reputarían por loco ó dañino agitador y le buscarían nueva muerte afrentosa.»

Las supersticiones y leyendas mayas. Con este título ha publicado en Mérida (Méjico) un precioso libro D. Manuel Rejos y García, libro que, siendo, después de todo, una excelente catalogación del *folk lore* más antiguo de Méjico, está escrito en forma narrativa para huir de la sequedad que ofrece esa seriación científica, por orden alfabético, que suele presidir en la confección de tales trabajos.

Como muestra de tan interesante estudio transcribimos á continuación el capítulo consagrado al examen de la práctica curativa, vigente hoy todavía entre muchísimos indios que, defendiéndose de la invasión de la cultura, se aferran en sus pasa-

das creencias, autorizadas para la fe por una persistencia de tantos siglos como la misma religión cristiana.

«Yucatán, como los otros países de la antigüedad, de gobierno monárquico, tenía clases privilegiadas, y entre éstas se encontraban los sacerdotes y los médicos, cuyas funciones se confundían, viéndose, como cosa natural, á un sacerdote verificando el *pedz* y aplicando el *cocan*, y al médico *(h'men)* ó *h'drac yah* desempeñando de sacerdote ó adivino, consultando el pedernal en los tiempos primitivos y posteriormente los objetos de vidrio.

»El nombre del sacerdote antiguo *h'kin*, que sin la aspiración de la hache también significa sol ó día, se aplica actualmente á los ministros de la religión católica, habiendo quedado esas otras denominaciones para los que servían en los altares de *Kukulcan*.

»El primero es el *h'naat* ó adivino; el segundo el *h'men*, médico, maestro de ceremonias, director de prácticas gentílicas, quien, como el *h'naat*, tiene el uso del *sastum* ó piedra reveladora, y el *h'pulyaah* ó hechicero, autor de los maleficios, temible por sus malas artes, que dan por resultado la expulsión de gusanos y aun de reptiles, y al cual, á pesar del temor que les inspira, ven los naturales con repulsión y aun con desprecio, como el brujo de otras regiones.

»El *h'naat* es considerado siempre y consultado en los casos en que se necesita adivinar algo, y sus funciones se reducen á eso: de mayor jerarquía que los otros, es el que tiene el *mactril* ó virtud del *h'naat*, y no desciende á las funciones del *h'men* sino para predecir si un enfermo vivirá ó no, sin meterse en la medicación. El *h'men*, como se ha dicho, es el médico y el sacerdote; su función es el *pedz* (apesgar). Es una imposición de manos tocando al paciente, y viéndole con gran fijeza murmurar ciertas palabras, v. gr.: *Xiic ú tancasil kohan metnal. Maix luksic ú tancasil? Ten luksic ú tancasil tumen yanten mectnal che in luksic. Xicoob metnal che tun cimil zizhalil auatmó, chachauay tuzik, kaluix xic metual. ¿Maix luksic ú tancasil? Ten luksic ú tancasil tu men yanten ú mactril in luksic. Xicoob metnal xé, xekik, tukub, bocan, sac, cimil*, etc. Vaya el microbio del enfermo al abismo. ¿Quién quita el microbio? Yo quito el microbio porque tengo virtud para quitarlo. Vayan al abismo la muerte nilita, el resfriado, el dolor de costado, la lepra, la disnea, reten-

ción de orina; vayan al abismo. ¿Quién quita el microbio? Yo quito el microbio porque tengo poder para quitarlo. Vayan al abismo el vómito de sangre, el hipo, la postema, el mal de corazón, etc.

»Hemos presenciado una curiosa escena de éstas: llamado el *h'men* para asistir á un niño enfermo, entró en la pieza en que estaba, vióle largo tiempo y dijo: «Pobre niño, vamos á ver si es curable, aunque parece en agonía *(xulikit)*.» Pidió un pollo, y asiéndole de la cabeza empezó á golpear las paredes de la habitación con el cuerpo. Como es natural, el ave de Pitágoras, y malogrado sultán de corral, dió fin á su existencia antes del tercer golpe; el médico continuó, sin embargo, recorriendo dos ó tres veces la habitación y pronunciando palabras semejantes á las mencionadas; luego tomó un poco de la sangre del pollo y la untó á la mollera del niño, púsole las manos encima, y viéndole con mucha atención continuó como magnetizándole, mientras murmuraba palabras entre dientes, por lo que no llegamos á comprenderlas. Transcurridos cinco minutos, pidió una vela de cera, y yéndose con ella á un rincón del cuarto sacó del morral un trozo de vidrio y lo puso al trasluz de la vela; después que lo hubo examinado algún tiempo dijo que el niño sanaría de aquella enfermedad, terminando con la oferta de que por la noche llevaría la medicina, que consistió en razonable porción de hierbas, que molidas se aplicaron á la cabeza del paciente.

»Quedamos admirados, más que del remedio, que dejó al pequeño con enorme gorro de verdura, de la gravedad del curandero y aun de la fe de los circunstantes.

»La preocupación de penetrar el porvenir también se manifiesta en el país en forma de buenaventura, que se anuncia mezclando la albúmina de un huevo en medio vaso de agua y viendo al trasluz lo que existe tal vez en la imaginación del que verifica esa mezcla. La circunstancia de recitarse sobre el vaso un «credo», y escogerse el día de San Juan para efectuarlo, nos hace suponer que no es costumbre aborígena y por eso la mencionamos de paso.

»El *cocan* es tan célebre como el *pedz* y se aplica con rezos análogos y ceremonial semejante. «Diente de culebra» significa esa palabra, y se origina de que se toman los colmillos de estos reptiles y se limpian perfectamente para aplicar en forma de sanguijuelas; producen pequeñas sangrías en virtud del tubo

capilar que sirvió al reptil para expeler el veneno. También con buen éxito se utilizan en sustitución de los colmillos mencionados las púas de una especie de puerco-espín, llamado kixpachoh, y asimismo algunas especies de espinas.»

Fanatismo é indiferencia. En uno de los últimos números de *La Reforma Argentina* vemos el siguiente recorte que lleva el título que anotamos al margen:

«Uno de los servicios que la filosofía religiosa ha prestado al mundo es el impulso hacia la investigación de lo que se llamó Misterio y que se sigue presentando como tal por los que tienen un interés inmediato en que la luz no penetre y la vista intelectual y espiritual con ella. El populacho educado por un clero calculador considera sacrilegio pretender el examen de los dogmas y supuestos misterios religiosos. Otros hacen sentir su vulgaridad con el desprecio que manifiestan hacia tan transcendentales asuntos, y otra fracción prueba su escasa seriedad, burlándose de lo que no entiende. De aquí que la inmensa mayoría se encuentre sin base moral y viviendo la vida sin apreciar la causa y el por qué de su propia existencia. Viven porque viven, se mueven porque es imposible dejar de moverse; pero no se dan razón de sí mismos, contentándose con fanatismo, desprecio ó burla. En general tal es el estado de la República Argentina y de otras naciones que han sufrido el dominio católico romano. La falta de conciencia religiosa es de buen tono. Cada cual tiene *sus ideas,* sus creencias, su religión ó ninguna, y se considera completa impertinencia y escasa educación entrar en asuntos religiosos. En los salones está terminantemente prohibido; en asociaciones lo prohibe el reglamento; en la Masonería no hay que hablar, y en las casas de familia, ¡desgraciado el que se meta en tales honduras, porque allí le dejan y no se ocupan más de él! De aquí resulta el dominio clerical, pues la despreocupación y el fanatismo son sus aliados naturales. El clero hace y deshace aun con los burladores, los excépticos, librepensadores, etc., tomando la cómoda posesión que nadie le discute de mediador entre Dios y los hombres. Lo que la intercesora jerarquía quiere es que no haya investigación religiosa, y ella se encarga de lo demás. Sin embargo, como dice el doctor Inman en un libro célebre (1), «el peor mal para un país no es una falsa religión, sino

(1) *Ancient Pagan and Modern Chrystian Simbolism.*

»una forma de fe que impide una franca investigación. No conoz-
»co una sola nación de la antigüedad, dirigida por el clero, que
»cayese bajo la espada de aquéllos que no hacían caso de las je-
»rarquías. El mayor peligro debe temerse de aquellos eclesiásti-
»cos que toleran el vicio y lo fomentan como un medio para ad-
»quirir poder sobre sus fieles. En tanto que cada hombre haga
»á los demás lo que quisiera que le hiciesen, á él y *no permita*
»*que nadie se interponga entre él y su Hacedor,* todo irá bien en el
»mundo».

Las Revistas. *The Theosophist* publica en su número del pasado mes de Abril un precioso artículo de C. W. Leadbeater sobre *El antiguo y moderno buddhismo,* y otro de Isabela Jean Bird, titulado *Algunas consideraciones sobre el socialismo.*

La misma Revista da cuenta de la incorporación oficial de la Sociedad Teosófica que insertamos en otra parte.

The Theosophical Review da á la publicidad un interesante trabajo de Annie Besant sobre *El hombre perfecto,* y otro del meritísimo G. R. S. Mead sobre *Filón de Alejandría y los misterios.*

En la *Revue Theosophique Française* prosigue la traducción del estudio de Annie Besant sobre *La genealogía del hombre,* y comienza el no menos interesante de A. P. Sinnett sobre *Las pirámides de Egipto.*

ARIMÍ

DE LAS TRES TRANSFORMACIONES

Tres transformaciones del espíritu os menciono: de cómo el espíritu se trueca en camello, y el camello en león, y el león, finalmente, en niño.

Muchas cosas pesadas hay para el espíritu, para el espíritu fuerte y sólido, lleno de respeto. La fuerza de ese espíritu está pidiendo á voces cosas pesadas, y de las más pesadas.

¿Qué es pesado? (pregunta el espíritu sólido); y se arrodilla como el camello y quiere que se le cargue bien.

¿Qué es lo más pesado, héroes (pregunta el espíritu sólido), á fin de echarlo sobre mí para que se huelgue mi fuerza?

¿No es rebajarnos para que padezca nuestro orgullo? ¿Dejar brillar nuestra locura para burlarnos de nuestra sensatez?

¿O bien es separarnos de nuestra causa, cuando ella celebra su victoria? ¿Escalar altos montes para tentar al tentador?

¿O es sustentarse con las bellotas y la hierba del conocimiento y padecer hambre en el alma por causa de la verdad?

¿O es estar enfermo y despedir á los consoladores, y trabar amistad con sordos que no oyen nunca lo que quieres?

¿O es zambullirse en agua sucia, cuando es el agua de la verdad, y no apartar de sí á las frías ranas y á los calientes sapos?

¿O es amar á los que nos desprecian y tender la mano al fantasma cuando quiere asustarnos?

El espíritu sólido echa sobre sí todas estas cosas pesadísimas y á semejanza del camello, que corre cargado por el desierto, así corre él por su desierto.

Pero en el desierto más solitario se cumple la segunda transformación; aquí el espíritu se torna león, quiere conquistar la libertad y ser amado en su propio desierto.

Busca aquí su último amo: quiere ser enemigo suyo y de su último dios; quiere luchar por la victoria con el gran dragón.

¿Cuál es el gran dragón que el espíritu no quiere ya llamar ni dios ni amo? «Tú debes», se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice: «Yo quiero».

El «tú debes» se halla apostado en su camino como animal escamoso de áureo fulgor; y en cada una de sus escamas brilla en doradas letras: «¡Tú debes!»

Valores milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones habla así: «En mí brilla todo el valor de las cosas.»

«Todos los valores han sido creados ya, y yo soy todos los valores creados. En adelante no debe exirtir el «!yo quiero!» Así habló el dragón.

Hermanos míos, ¿qué falta hace el león en el espíritu? No basta la bestia de carga, que abdica y venera?

Crear valores nuevos, eso no lo puede aún el león; pero crearse una libertad para la creación nueva, eso lo puede el poder del león.

Para crearse la libertad y un santo No, aun en frente del deber, para eso, hermanos míos, hace falta el león.

Tomarse el derecho de crear nuevos valores es la más terrible apropiación á los ojos de un espíritu sólido y respetuoso. Eso, para él, es una verdadera rapiña y cosa propia de un animal rapaz.

Como lo más santo amó en su día el «tú debes», y ahora ha de ver ilusión y arbitrariedad aun en lo más santo, para conquistar la libertad á expensas de su amor. Hace falta un león para esa fechoría. .

Pero decidme, hermanos, ¿qué puede hacer el niño que no haya podido hacer el león? ¿Para qué hace falta que el fiero león se trueque en niño?

El niño es inocencia y olvido, un nuevo comenzar, un juego, una rueda que gira sobre sí, un primer movimiento, una santa afirmación.

Sí: para el juego de la creación, hermanos míos, hace falta una santa afirmación: el espíritu quiere ahora *su* voluntad, el que ha perdido el mundo quiere ganarse *su* mundo.

Tres transformaciones del espíritu os he mencionado: de cómo el espíritu se trocaba en camello, y el camello en león, y el león, finalmente, en niño.

Así hablaba Zaratustra. Y á la sazón residía en la ciudad que se llama la «Vaca pintoja».

F. NIETZSCHE

Notas, Recortes y Noticias.

Incorporación oficial de la Sociedad Teosófica. El día 3 del pasado mes de Abril quedó oficialmente incorporada la Sociedad Teosófica en el registro de Madras.

He aquí la copia de la certificación que lo acredita:

CERTIFICACIÓN DE INSCRIPCIÓN

NÚMERO 2 DE 1905.

Certifico: conforme con el Acta XXI de 1860 del Gobierno general de India en el acuerdo titulado: «Acta para el registro de Sociedades literarias, científicas y caritativas de 1860» que la Sociedad Teosófica ha quedado debidamente inscrita como una Sociedad de las indicadas en el Acta dicha.=Hay un sello.=Departamento de Madras 3 de Abril de 1905.=(Rubricado). A. PERIYASWAMI MOODALIAR. (Registrador de las Compañías.)

El significado y transcendencia de este acto en las actuales circunstancias de la Sociedad es de una importancia extremada, como hemos de señalar en momento oportuno.

El próximo Congreso Teosófico de Londres. Oportunamente hemos anunciado á nuestros lectores que en el próximo mes de Julio, durante los días 8, 9 y 10 se celebrará en Londres el Congreso Teosófico.

El Congreso lo presidirá é inaugurará la señora Annie Besant, que regresa de la India para este objeto.

Las sesiones se celebrarán probablemente en la amplia sala de Queen's Hall.

En el programa se consigna, además de la reunión de las secciones, la recepción de trabajos de música, una Exposición de Arte é Industrias y una representación teatral.

En la parte referente á la exposición de arte se espera que se ofrecerá en ella una gran prueba del movimiento y progreso de los ideales teosóficos.

La influencia del color rojo. Después que pasan los años se confirman más y más las antiguas enseñanzas, desdeñadas un momento como supersticiones y delirios de enfermos.

La ciencia moderna se rectifica poco á poco de sus limitaciones y vuelve por la verdad antigua cada día.

He aquí un caso en el que el arriesgado contradictor de los espíritus detenidos es, como siempre, un hombre de verdadera y positiva ciencia.

El ilustre catedrático de enfermedades de los niños en la Universidad de Barcelona, Dr. Martínez Vargas, publica en la importante revista *La Medicina de los Niños* un notable artículo acerca de la provechosa influencia de la luz roja en el tratamiento del sarampión, la viruela y otras dolencias de la propia naturaleza.

Envolver al enfermo en luz roja, evitando toda otra coloración, es el ideal que preconiza el sabio catedrático de Barcelona, quien termina su admirable artículo en esta forma:

Basta de demostraciones. Con lo expuesto puede afirmarse que la luz ejerce una acción positiva sobre los animales y las plantas, sobre el hombre sano ó atacado de alguna enfermedad; esta acción varía según se emplee la luz entera, la luz natural solar ó alguno de sus componentes, los colores del espectro. La luz roja atenúa la virulencia del sarampión y la de la viruela. Respecto de una y otra enfermedad la experiencia clínica ha hecho ya sus pruebas de luengos años, las hace también á diario, las hará más extensas en lo futuro. Y tratándose del sarampión lo aconsejamos ahora por presentarse entre nosotros en forma epidémica. ¿Quién prescindirá de utilizar un remedio tan barato y tan sencillo que además de acortar la enfermedad disminuye sus complicaciones? ¿Quién osará, no sólo prescindir de este recurso, sino por añadidura mofarse de aquéllos que lo hemos empleado y que seguimos aconsejándolo?

La religión del Japón. Muchos periódicos se han ocupado del último libro acerca del Japón escrito por Lafeadio Hearn, de donde se desprende que la historia del Japón es la

historia de su religión, cuya idea fundamental es el culto de los antepasados. Dice M. Hearn:

«Cada miembro de la familia tiene la convicción de estar siempre bajo una protección espiritual. Los ojos de los espíritus vigilan toda acción; los oídos de los espíritus oyen cada palabra. Los pensamientos, también como las palabras, son visibles á las miradas de los difuntos; el corazón debe ser puro y ser controlado por la presencia de los espíritus. Es probable que la influencia de tales creencias, ejercidas sin interrupción en la conducta de un pueblo durante millares de años, ha contribuído mucho á formar el lado bueno del carácter japonés. No obstante, actualmente no existe nada de severo ni solemne en esta religión familar y nada de la disciplina rígida é invariable que Fustel de Coulanges supone ser especialmente el distintivo del culto romano. Es más bien una religión de gratitud y de afecto, los difuntos siendo considerados por los parientes como si estuviesen siempre presentes corporalmente.»

No hay que creer por esto, sin embargo, que los japoneses son unos espiritistas como los espiritistas de Occidente.

Para poner las cosas en su punto lo mejor será decir que son espiritualistas, y esto es hablar empleando las palabras en su verdadera propiedad y significado.

D. José Melián. Nuestro querido hermano D. José Melián ha fijado su residencia en Lima (Perú) á donde pueden remitirle la correspondencia, al poste restante, los numerosos hermanos y amigos que nos piden su dirección.

Publicaciones teosóficas. Dentro de poco verá la luz pública la traducción francesa de *Upanishads*, debida á la pluma de nuestro particular amigo Mr. E. Marcault, versión de la que tenemos las mejores referencias y de la que habremos de ocuparnos en su día con la atención que merece.

R.

BIBLIOGRAFÍA

A. P. Sinnett. —*El Sistema al cual pertenecemos.*—1 vol.—R. Maynadé, Tapinería, 24. Barcelona.—Biblioteca Orientalista.

Es bastante y meritísimamente conocido entre nosotros el autor del *Mundo oculto* para que no resulte innecesaria toda ponderación de sus escritos.

El folleto que acaba de editar nuestro amigo Sr. Maynadé es el famoso discurso que pronunció hace años el autor en «London Lodge» y que tanto llamó la atención de todas las personas consagradas á los estudios teosóficos. Es un estudio que merece leerse con detenimiento y que debe preceder á lecturas más profundas, como *La doctrina secreta*, donde queda completado el punto que en este caso se dilucida. Para el público teosófico es un libro necesario é imprescindible, porque sobre él hay que volver muchas veces; y para el público que barrunta estas enseñanzas es uno de los más recomendables por la claridad y el orden que se emplea en sus páginas para exponer á grandes rasgos una enseñanza tan consoladora y tan firme como la que se desarrolla en él.

U. G.

Dr. Moorne.—*Diccionario de Ciencias Ocultas*, fascículo A.—Prim, 10. Madrid. Biblioteca Hermética.

Se trata de una obra popular de ocultismo escrita con todas las agravantes sugestivas para captarse al público más inocente que existe.

Aparentemente, como las obras del famoso Papus, ofrece el aspecto de una hábil compilación de todas esas noticias fáciles que se revistan en todas las ocasiones para admirar á los cándidos, como ocurre poco más ó menos con las obras del ya citado señor. Es más bien una obra de broma y de recreo que un libro serio y recomendable al público estudioso y anhelante de saber.

R. U.

Le comte H. Condenhove. — *Le Minotaure de l'honneur.* — Perpignan. Tip. de Charles Latrobe.

Las sesenta y tantas páginas que constituyen este folleto son verdaderamente admirables y humanitarias. Son un alegato terrible contra los duelos y combates singulares que de un tiempo á esta parte se emplean por las gentes irreflexivas para ventilar las ofensas.

Pero las páginas del conde Condenhove, por encima de la lógica que contienen contra esa costumbre supersticiosa, contra esa mixtificación de las ordalias y de las pruebas, tienen otro valor que las da mayor precio. Y es la conclusión práctica que el autor propone para atajar ese mal más frecuente en Alemania, por ejemplo, donde se han escrito originariamente estas páginas, que en Francia y España, donde esa superstición y ese delito es muchísimo menos frecuente.

El castigo legal que se impone á los duelistas es, efectivamente, ineficaz para corregir tan lamentable costumbre, porque la pena no es un remedio, sino un castigo en casi todos los Códigos positivos, y la condenación de un delito no lo evita, sino más bien lo mantiene, porque condenar, castigar, penar, son cosas que no pueden hacerse sino sobre otras que han hecho. El remedio no ha de sancionar los hechos punibles, sino evitarlos. La creación, pues, de una Liga antiduelista vale más y es más eficaz contra los duelos que todos los artículos del Código penal, por terribles é inexorables que sean.

«La constitución de una Liga antiduelista es, pues, una obra de verdadera civilización», como dice el autor del trabajo que nos ocupa. Lo que no puede hacerse es invocar, como el autor invoca, el celo y el amor de la Iglesia Romana para acabar con el duelo, porque precisamente la Iglesia Romana ha sido la que ha alentado como nadie el culto del combate singular, dándole hasta los mismos reglamentos que le rigen.

U. G.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.